

NOTAS PARA UNA CLÍNICA ACTUAL DE LA ADOLESCENCIA

Conferencia dictada para el Grupo de Psicoterapia Psicoanalítica de Bilbao. 12 de Noviembre 2011

Antonio Soler Aguado

Psicólogo, psicoanalista, presidente de Gradiva, Associació d'Estudis Psicoanalítics, Barcelona

Introducción

Al hablar de la adolescencia privilegio su vertiente cínica. Lo hago así porque pienso que la adolescencia es una realidad psicológica pero altamente sometida a los avatares de la cultura y por ello una realidad cambiante que necesita ser referida a un tiempo actual y a un espacio presente. Posiblemente algo lo que hoy diga de la adolescencia habrá perdido su vigencia dentro de algunos años, si no lo ha hecho ya en este mundo de cambios acelerados y de unos sujetos ávidos de incorporarlos. Por esto si la clínica psicoanalítica es la del caso a caso, lo es más si está referida a los adolescentes.

Destaco algunas características de las consultas de adolescentes en la actualidad. Suelen venir por decisión de los padres si bien la mayoría de las veces ellos aceptan la consulta. Los motivos inciden más en inhibiciones, (dificultades o desgana con los estudios, fobias sociales, falta de intereses, pasividad) y en la angustia (las crisis de ansiedad) que en los síntomas. Destacan problemas de conducta, impulsividad o agresividad. No son tan frecuentes como hace unos años las consultas por conflictos agresivos con los padres. Estos se presentan mas desesperanzados que hostiles y con frecuencia asumen un cierto discurso social de la adolescencia. “Ya se sabe son adolescentes, tienen que encontrarse a si mismos, están en la pubertad...” El adolescente peleón ha dado paso al adolescente resentido en una lucha larvada contra un enemigo del que nos se puede desprender.

A la mayoría de los chicos les cuesta hablar de si mismos y de lo que les pasa. Son frecuentes las explicaciones pseudo teóricas y estereotipadas: la falta de auto estima, la inseguridad, la dificultad para expresar sentimientos. Usan términos genéricos que aplican indiferenciadamente a sus estados de ánimo como agobiarse, *rallarse*, etc. La indiferencia, no dejarse impresionar o afectar por lo que pase a su alrededor es valorada: “pasar” o “sudar” de algo demuestra capacidad para estar por encima de las cosas.

En el otro extremo nos encontramos a quienes no consultan casi nunca. Los que hacen ruido. Los que salen en los diarios por actos violentos, vandálicos, agresiones sexuales. No encontraron límite en la familia, ni en la escuela, ni en otros servicios de provisión social y lo acaban encontrando en la policía o en la justicia. Es la clínica de la actuación con sus extremos y variedades intermedias. Se expresan en actos de descarga que acaban en si mismas. Hechos que no constituyen proyectos o intereses. Descargas de energía, mas que afecto modulado. Son mas bien expresiones de una agresividad no contenida en la subjetividad. Y por esto tampoco pueden decir demasiado de sus actos ni de si mismos. Los actos por los que son tenidos en cuenta desde afuera no son egodistónicos para ellos. Los han pillado por algo que los de fuera no quieren que hagan. Uno sentiría la tentación que uno es el negativo (en el sentido fotográfico) del otro, pero sería una generalización simplificadora y abusiva. Nos podemos preguntar si no tienen algo en común estas dos clínicas actuales

Traumatismo estructural

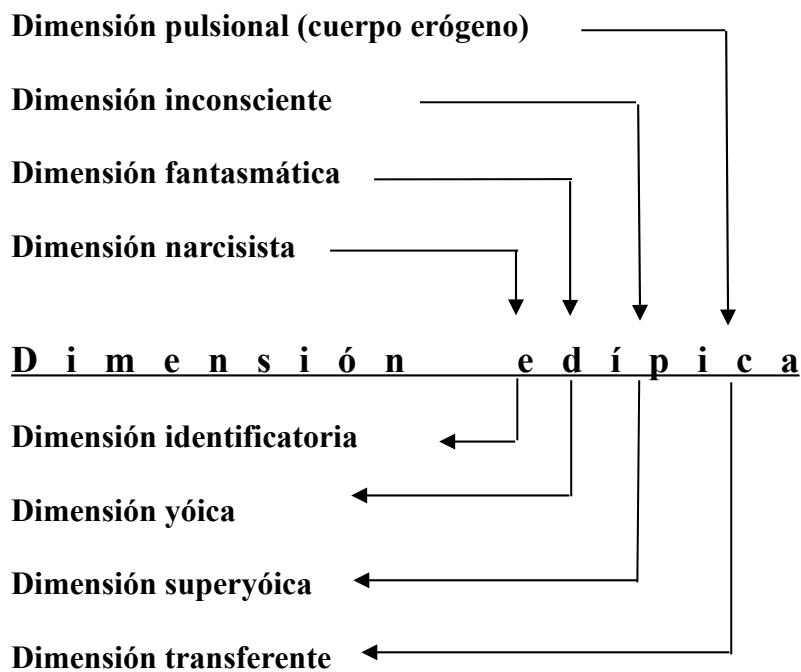
Nos encontramos por tanto con casos de adolescentes que no podemos entender como neuróticos en el sentido clásico cuando lo reprimido retorna en el síntoma. Mas bien hallamos problemáticas del no deseo, del no proyecto con déficit en la dimensión fantasmática. El predominio de la descarga hace pensar mas en lo cuantitativo, en lo no ligado por la representación sea afecto o palabra en sus diferentes grados de ligazón. Podemos entender lo traumático no solo como el efecto de un hecho ocasional, la acción de un quantum de energía sobre un aparato psíquico incapaz de tramitarlo, sino como la persistencia en el aparato psíquico de lo no ligado, representado o significado. De esta manera lo traumático adquiere un sentido estructural. El psiquismo siempre tiene a su cargo la tarea de ir ligando lo que quedó sin serlo. Ligazón que se realiza en las diversas dimensiones subjetivas. Así lo biológico es ligado por la pulsión como esta lo es en la dimensión narcisista o el fantasma dota al deseo de un guión representacional. Cada dimensión reordena y resignifica las anteriores desde una nueva posición¹.

¹Korman, V. *Y antes de la droga, ¿qué?*. Publicaciones del GRUP IGIA. Barcelona. 1996. Debo a Víctor Korman los conceptos y la teorización acerca de la organización de la subjetividad desde una pluralidad de dimensiones constituyentes que se suceden y se modifican retroactivamente.

El complejo de Edipo como estructurante de dimensiones subjetivas.

Los complejos de Edipo y castración al ordenar las elecciones de objetos y las identificaciones, atempera las dimensiones pulsional y narcisista, fija los fines y objetos a reprimir, y estabiliza un aparato psíquico tripartito que el psicoanálisis teoriza en la segunda tópica.

DIMENSIONES SUBJETIVAS (V. Korman)



La latencia supone un ejercicio de reasentamiento de los efectos del complejo de Edipo: consolidación de las identificaciones parciales que se incorporan al yo, relativa desexualización de las relaciones de objeto, intensificación de las actividades sublimatorias, elaboración de procesos normativos e ideales, etc.

Observaciones de la clínica actual nos advierte de la frecuencia de una instalación incompleta de la latencia y del déficit de estos procesos. Vemos niños hiperactivos, inquietos o sexualmente precoces. Algunas carencias

ideatorias cercanas a los procesos primarios parecen derivarse de la invasión de lo excitatorio y pulsional con predominio de la cantidad sobre la cualidad y que se expresan más en la angustia que en afecto. Son frecuentes los procesos de descarga evacuativa en actuaciones o pasajes al acto. El hecho de que sea un fenómeno de actualidad hace pensar en factores traumáticos presentes en nuevos estilos de relaciones familiares y de orden sociocultural. Posiblemente los podemos encontrar en actitudes seductoras parentales, carencias en las funciones limitadoras de las diferencias generacionales, en el acceso directo de los niños a representaciones sexuales explícitas a través de los medios de comunicación. Todo ello proporciona una apariencia de una adolescencia adelantada lo que más bien es una intrusión pulsional traumatizante que obstaculiza la consolidación edípica y altera profundamente el desarrollo de la adolescencia propiamente dicha.

La adolescencia: reedición del complejo de Edipo

Forma parte de un debate de actualidad la definición de adolescencia, sus límites temporales (la adolescencia precoz o la adolescencia prolongada); unos apoyan sus posiciones en el alargamiento de la dependencia familiar; otros insisten en la presencia de conductas sexuales en el periodo considerado de latencia; se buscan explicaciones en nuevas formas de relaciones familiares; muchas anécdotas se elevan al nivel de categoría y la sociología se cruza con la psicología. Se echa de menos una definición de estructura, de la elección de elementos simbólicos que organicen una teoría de la adolescencia más allá de lo fenomenológico. El psicoanálisis la encuentra en el complejo de Edipo. La adolescencia reactiva el complejo desde un nuevo tiempo subjetivo, desde las determinaciones que aportan el cuerpo genitalizado y nuevas demandas desde la cultura articuladas con él. Ambas dimensiones permiten y obligan al sujeto a un reordenamiento retroactivo de la organización subjetiva y ofrece la posibilidad de elaboración de los restos traumáticos no ligados. El complejo de Edipo transferido a la adolescencia reescribe la historia infantil.

Cuerpo organismo, pulsión e imagen

Al adolescente se le impone la tarea de integrar subjetivamente los cambios corporales de la pubertad.² El organismo como real genera cambios fisiológicos que se traducen en sensaciones y alteraciones de la morfología

² Freud, S. *Tres ensayos de teoría sexual*. 1905. Amorrortu editorial. Buenos Aires. 1976.

y de las dimensiones corporales. Un cuerpo erogeneizado por un nuevo e intensificado envite pulsional puede ser fuente de traumatismos que desborden al aparato psíquico. También el adolescente se enfrenta a las nuevas imágenes de su cuerpo, sus dimensiones y formas sufren cambios no siempre fáciles de integrar. Se evidencian los caracteres sexuales secundarios como un retorno de lo reprimido que a veces generan reacciones de vergüenza, rechazo o negación de esta metamorfosis. El vestido se hace emergente de este conflicto. Puede servir para ocultar o uniformizar diferencias o para la reacción provocativa y exhibicionista. Las dificultades para subjetivar el *nuevo cuerpo* se manifiestan en vivencias de extrañeza, amenazas de fragmentación o despersonalización en las que se expresa la angustia.

La cultura

La cultura recoge al sujeto de este cuerpo pulsionalizado y creciente para darle un lugar generacional y cumplir la promesa edípica: el acceso a la sexualidad genital y a la producción social. El Edipo es un objeto de la cultura. El paso por el Edipo interioriza en el sujeto los ejes que le hacen ingresar en ella. Pero aún el niño no está en situación de ocupar un lugar en la realidad social que haga efectiva la doble diferencia sexual y generacional. Desde el final del complejo de Edipo esa es la promesa. Con la adolescencia la promesa se puede hacer efectiva y la cultura así lo sanciona. En la adolescencia cuerpo y cultura se combinan. La adolescencia es un acto de lo social sobre un cuerpo preparado para ello. La cultura ejerce sus exigencias sobre el sujeto para incorporarlo al lugar generacional que le tiene asignado. Los ritos de iniciación y pasaje dan cuenta de ello. La mayoría de estas ceremonias consisten en la separación y aislamiento de los jóvenes, dramatización de su muerte y renacimiento, acciones dolorosas que con frecuencia dejan marcas en el cuerpo, actos sexuales ritualizados y transmisión a los neófitos de los mitos y tabúes que atañen a la tribu³. Cuando el joven sale de este pasaje es considerado un miembro adulto de la comunidad con todos sus derechos y deberes. La organización social de esta manera asume y representa los componentes simbólicos del paso por la adolescencia: el final y muerte del niño de la infancia, el acceso a la sexualidad institucionalizada del adulto, el apoderamiento del individuo por la comunidad y el dolor que ha de pagar por ser parte de ella. Nuestra cultura occidental contemporánea, individualizada y racionalista ha renunciado a la ritualización del pasaje adolescente o la ha reducido a normas legales que,

³ Tubert, S. *La muerte y lo imaginario en la adolescencia*. Editorial Saltés. Madrid. 1982

por ejemplo, regulan la edad del matrimonio o de entrada en el mundo laboral. Pero la subjetivación del proceso es una tarea individual que cada joven ha de realizar con sus objetos y desde su historia. En nuestra sociedad los padres hacen de transmisores de lo social mediante las identificaciones.⁴

Narcisismo

La integridad amenazada por lo pulsional y corporal se intenta de recuperar mediante la catectización del yo. Se trata de un repliegue narcisista para encontrar un lugar seguro, un cuartel de invierno donde reordenar una estructura tambaleante por los envites excitatorios y pulsionales por un lado y las exigencias de la cultura por otro.

Se puede entender cómo este movimiento regresivo hacia un narcisismo primario estructural y estructurante que toma al yo como objeto a la espera de otros nuevos no este exento de problemas. Si el adolescente es estanca en él puede producir un apartamiento solipsista de las personas y cosas, tener un carácter maníaco, omnipotente, hasta el delirio o generar fenómenos hipocondríacos.

Es una delicada labor clínica la de discriminar entre movimientos estructurantes del narcisismo y la instalación de un patología severa. Con frecuencia se confunden los factores de riesgo con el diagnóstico mismo, observación que también incluye la técnica: a veces la interpretación *patologiza* lo que podría ser la fase de un proceso elaborativo. El trabajo con los padres esta casi siempre indicado para contener su angustia. Se ha de estar atento a los procesos contra transferenciales para detectar la angustia que se genera en el terapeuta.

El cuerpo *alterado* de la pubertad, a la vez que representación del yo - “proyección de una superficie psíquica”⁵-, es también uno de los destinos de esta regresión libidinal que afecta sobre todo a la imagen. Las más diversas maniobras se producen en torno a la elaboración de la imagen corporal. Vestidos, peinados, tatuajes, *piercing*, depilaciones, gimnasia, deportes, *trabajan* la imagen en busca de una representación satisfactoria, completa, de sí mismo. Trabajos en los que a veces pierden la salud o la vida cuando esa búsqueda de un yo ideal se hace a través de la idealización del cuerpo o de una determinada forma de éste. Pienso en los trastornos alimentarios, practicas deportivas peligrosas o hipertrofias de los *cuidados* corporales.

La recuperación de yo ideal por identificación a un doble omnipotente hace al adolescente híper idealizar objetos externos como deportistas, músicos,

⁴ Freud, S. *El sepultamiento del complejo de Edipo*. 1924. Amorrortu Editores. Buenos Aires. 1976

⁵Freud, S. *El yo y el ello*. 1923. Amorrortu Editores. Buenos Aires. 1976

equipos de fútbol, el grupo de colegas o entrar en los mundos virtuales que proporcionan la cibernética o algunas drogas.

Acostumbrados a la imagen del adolescente rebelde pasaron inadvertidos aquellos que intentaron sostener el yo ideal mediante la identificación al ideal narcisista parental. En la actualidad algunas realidades sociales o nuevas actitudes parentales ponen de manifiesto la mayor frecuencia de esta posición subjetiva. Una mayor tolerancia a las diferencias generacionales, la aceptación de la sexualidad de los hijos en el medio familiar, la idealización de lo adolescente por parte de los adultos, la prolongación de la educación y el acceso más tardío al mundo laboral y la consiguiente permanencia en el domicilio familiar inciden en esta posición subjetiva que anula imaginariamente diferencias, sostiene dependencias subjetivas más allá de las objetivables y potencia seducciones cruzadas entre padres e hijos.

Bajo la apariencia de familias felices, de relaciones parentales de buenos colegas estos adolescentes se debaten en la angustia que genera un yo alienado por identificaciones inoculadas. El narcisismo parental se hace identidad intrusiva y traumática obligada a cumplir el designio del ideal del otro para sostener el yo ideal. Inoculación que hace al adolescente extraño a sí mismo aunque en una entrañable familiaridad.⁶ Es propio de la adolescencia sufrir esta búsqueda de completud en el yo ideal parental y gestionar las dificultades y posibilidades de salir de ese lugar, pero algunas características socio familiares actuales acentúan este fenómeno

La paradoja se establece entre una necesidad de identidad y el rechazo a esta identidad especular alienante. Choque entre una nueva identidad sexual que reclama su genitalidad naciente con las identificaciones transgeneracionales alienantes. Identificaciones que se cumplen como destino, pues estos chicos están habitados por algo que desconocen. En la posición narcisista tanto la unión como la separación son mortíferas pues en ella se juega más el ser que el tener. No se trata tanto de tener o no tener, como en la conflictiva edípica, como ser o no ser, la existencia o la aniquilación.

La confrontación generacional como proceso des identificador⁷

La separación del objeto narcisizante como se hace evidente entraña dificultades notables La agresividad es necesaria para separarse del objeto narcisista. En la lucha del adolescente por existir y sentir que existe necesita denunciar las identificaciones que le hacen otro, busca y exagera la diferencia. Por lo que venimos diciendo esta lucha tiene mucho de mortífera. Se trata de matar al objeto de identificación que sostiene la propia identidad.

⁶Freud, S. . *Lo ominoso*. 1919. Amorrortu Editores. Buenos Aires. 1976

⁷Kancyper, L . *La confrontación generacional*. Paidós. Buenos Aires. 1997

Freud en *Duelo y melancolía*⁸ ya nos advierte de los peligros de esta separación pues no siempre esta operación puede realizarse en el plano simbólico.

Leclaire nos lo dice con palabras no exentas de belleza: “La práctica psicoanalítica se funda en un trabajo constante de una fuerza de muerte, la que consiste en matar al niño maravilloso o terrorífico que de generación en generación atestigua los sueños y deseos de los padres. No hay vida sin pagar el precio del asesinato de la imagen primera, extraña, en la que se inscribe el nacimiento de todos. Matar la representación del niño-rey es la condición en la cual en ese mismo instante, el yo comienza a nacer”⁹.

Matar al niño magnífico del narcisismo y matar a los padres narcisizantes, son la misma operación. Implica a las dos generaciones. A la de los padres que han de renunciar al hijo como objeto de todas las complacencias. Y a los hijos que tienen perder a los padres omnipotentes.

Así los adolescentes pasan de muertos vivientes, habitados por los espíritus de los padres, a vivos *murientes*, sometidos a la finitud, al esfuerzo y la limitación. Dejarse matar por parte de los padres no es lo mismo que no existir. No se puede matar a un muerto. Los padres han de estar muy vivos para poder ser matados. Rehuir de confrontación por parte de los padres impide al hijo *des identificarse*. No puede ejercer la agresividad separadora. Esta vuelta contra sí mismo se incorpora a el superyó¹⁰ y crea un circuito de culpa y auto castigo.

Para el mantenimiento del niño feliz de la infancia los narcisismos parentales aprestan sus defensas. La seducción es una de ellas: padres que enredan a los hijos y se disfrazan en colegas para anular sus diferencias: visten igual, hablan la misma jerga, cuando no se hacen cómplices de pequeñas o grandes trasgresiones o los compran con regalos.

Otras veces los padres ligados narcisistamente al hijo se resisten a morir y responden desde la rivalidad especular. Compiten con él en su mismo terreno, se ligan a los amigos de él o de ella. Padres, también adolescentes, pero desde la rivalidad, se esfuerzan en el gimnasio o en el quirófano para que el espejo les siga diciendo que son los más hermosos.

En esta rivalidad los padres pueden retirarse, rehuir el diálogo como lugar para la confrontación simbólica o actuar en la venganza.

No poder matar al padre mantiene la identidad narcisista mediante la sumisión aniquiladora masoquista pasiva. Estado propicio para la instalación del resentimiento. Los rivales se mantienen unidos por una specularidad destructiva y de esta manera perpetúan con su odio la existencia del otro

⁸ Freud, S. *Duelo y melancolía*. 1917. Amorrortu Editores. Buenos Aires. 1976

⁹ Leclaire, S. *Matan a un niño*. Amorrortu Editores. Buenos Aires. 1975

¹⁰Freud, S. *El malestar de la cultura*. 1930. Amorrortu Editores. Buenos Aires. 1975

inmortal. En la novela de Joseph Conrad *El duelo*¹¹ dos oficiales del ejército napoleónico se retan a un duelo que nunca pueden acabar, se buscan y se encuentran repetidas veces en los campos de batalla de las diversas campañas para quedar uno u otro malheridos y tener un motivo para resarcirse en el siguiente encuentro. Uno de los dos se retira de la carrera militar, se casa y crea una familia, cuando el otro va a buscarle y le reta de nuevo, el primero pudiéndolo hacer rehúsa matar a su contrincante. Este queda desarmado y desalmado como vacío de la identidad que le proporcionaba su eterno odio.

Luis Kancyper¹² distingue el desafío tanático del desafío trófico. En el desafío tanático el adolescente como *los duelistas* está atrapado en una lucha que por ella misma le mantiene existente a través del otro. El otro es permanentemente recreado para servir como fuente u objeto del odio. Esta dependencia del otro rival hace que la lucha sea inacabable, a veces más allá de la adolescencia. Todos hemos visto adultos que permanecen sujetos al lamento por unos padres que debieron ser de otra manera para que él pueda serlo también y que deciden hundir su vida para confirmar su posición de víctimas.

En el desafío trófico el hijo se enfrenta al padre para diferenciarse sin aniquilarse, para negarse a ser el sueño de deseo de los padres y encontrar un sueño propio. Con ello renuncia al ideal omnipotente y a su identidad a él ligada.

Ante el adolescente se abre, un vacío, una pérdida de ser.¹³ La retirada de la libido del objeto sostén es un proceso de desligazón que implica la pulsión de muerte. Por esto el suicidio está siempre presente en el adolescente pero con significaciones diversas. Puede ser un contenido mental y cumplir una función elaborativa del duelo por la muerte del niño magnífico de la infancia y el reconocimiento de la finitud y los límites; en este sentido sería efecto de los complejos de Edipo y castración y se trataría de la simbolización de la muerte. El trabajo consiste en reconocer el vacío, sostenerlo y soportar el dolor sin recurrir a recatetizaciones inmediatas sustitutivas o protésicas. De aquí la importancia en la transferencia de acompañar el proceso sin rellenarlo con objetos *consoladores* o la persona del analista.

Otras veces el suicidio es actuado en el intento o en la consumación. Silvia Tubert¹⁴ distingue entre el intento de suicidio como una crisis actuada que puede tener efectos reestructurantes del psiquismo, y aquel otro más planeado y maquinado en silencio antes de su puesta en acto. En el primer caso se trataría de la ruptura de un orden que requiere de un acto taxativo para encontrar otro nuevo y que estaría más ligado por Eros. El segundo

¹¹ Conrad, J. *El duelo*. Alianza Editorial. Madrid. 2008

¹² Op. Cit.

¹³ Marucco, N. C. *Cura analítica y transferencia*. Amorrortu Editores. Buenos Aires. 1998.

¹⁴ Op. Cit.

consistiría en un proceso de desinversión progresivo, un ejercicio dominado por la pulsión de muerte. Exteriorizada en la agresividad la pulsión de muerte que puede ser trófica y separadora en el sentido arriba descrito.

El vacío producido por la pérdida del objeto ideal contiene un potencial creativo si se dirige al encuentro de nuevos objetos externos no narcisistas, o no exclusivamente narcisistas. Aparece el objeto externo diferente del yo, limitado del que se puede recibir algo, no todo, al que se le puede dar algo, no todo. La renuncia a la bisexualidad es condición necesaria para el encuentro del sujeto con el objeto sexuado. El sostenimiento de un *partenaire* sexual obliga al reconocimiento de una sexualidad limitada por el otro diferente. Porque el deseo no es *per se* o por naturaleza complementario sino más bien conflicto entre dos que necesita de un pacto.

A efectos de la claridad expositiva he contrapuesto narcisismo a objetividad en todas sus dimensiones, la realidad de la clínica es menos dicotómica, pues el objeto sexual, externo, edípico, contiene al narcisista y viceversa. Las variaciones son de proporciones relativas que conforman funcionalidades predominantes, muchas veces afectadas por la historia del sujeto y sus crisis. Ninguna dimensión de subjetividad desaparece sino que queda reordenada por otra, siempre con la posibilidad de regresión a lugares de fijación, según una temporalidad psicoanalítica caracterizada por el principio de retroactividad.

Las secundarizaciones

La obra freudiana está atravesada por la oscilación entre lo primario y lo secundario: proceso primario frente proceso secundario; narcisismo primario, narcisismo secundario; identificaciones primarias, identificaciones secundarias; fantasías primarias, etc. Generalizando, es el complejo de Edipo el vierteaguas y reestructurador de estas dualidades.

Dice Freud que al final del complejo de Edipo las cargas de objeto son sustituidas por identificaciones¹⁵. No son identificaciones al objeto sino rasgos parciales de él. Y añade que esta sustitución contiene un componente narcisista pues permite seguir amando al objeto a través de sus rasgos introyectados en el yo. Es un proceso de secundarización que incluye tanto a la identificación, secundaria, como al narcisismo que retorna al yo desde el objeto catectizado. Considerada la secundarización no como una característica estática sino como un proceso, narcisismo y objetualización no se opondrían absolutamente, pues el retorno libidinal al yo se produce mediante un alargamiento del circuito narcisista, la catectización consecutiva

¹⁵ Freud, S. *El sepultamiento del complejo de Edipo*. 1924. Amorrortu Editores. Buenos Aires. 1976.

y progresiva de objetos cada vez mas alejados del yo pero que tienen a éste como destino final.

El proceso adolescente considerado como la muerte del padre, omnipotente y poseedor de la sexualidad ilimitada y del poder absoluto, incluye la devoración del mismo, es decir, su incorporación en forma de identificaciones¹⁶. Pero para llegar a este punto se ha de realizar ciertas transacciones, ha de renunciar a ser el padre para tener algo del padre, renunciar a la mujer del padre para tener otra mujer, renunciar a la satisfacción pulsional ilimitada para poder acceder a su sexualidad, renunciar al ideal omnipotente del yo y del otro para encontrarse con el semejante.

El trabajo del analista

La adolescencia no es una patología, es una crisis que entendemos desde una teoría del traumatismo como la elaboración de los efectos traumáticos de los cambios corporales y del envite pulsional en un marco cultural que le da, y le exige, un lugar nuevo en el orden de las generaciones. No es una patología pero puede ir acompañada de ella, y además como crisis contiene el riesgo de patologizarse. Es necesario que el analista pueda discriminar bien que componente corresponden a la crisis y cuales a un proceso de patologización, pero sobre todo es importante ubicar lo sintomático en el marco del proceso adolescente, dicho de otra manera, un síntoma obsesivo, una somatización, incluso un delirio tienen una significación diferente en un niño o en un adulto que en un adolescente en función de la conflictiva específica en la que este se encuentra.

Si la *desidentificación* abre un vacío es necesario que el analista lo sostenga y ayude al chico a soportarlo. Precipitarse con interpretaciones o intervenciones de sentido puede obturar las posibilidades de que el chico pueda encontrarse. “Mi madre me adivina el pensamiento”, dice un adolescente, hijo de una psicóloga tal vez demasiado interpretativa. El analista corre el riesgo de rellenar el vacío aliándose con los padres o con la cultura o proponiéndose como identificación y con ello perpetuar su identidad alienada y el despliegue de lo extraño. Es necesario que el analista sostenga una transición identificatoria. Lo transicional, lo que no es interno ni externo, lo que no es del sujeto ni del objeto, lo que ya no es pero aún tampoco, es central en el adolescente pues es ahí donde puede empezar a construirse.¹⁷ “El adolescente no desea que se le entienda” “lucha por sentirse real” (Winnicott), y esto la mayoría de las veces lo va a conseguir en la diferencia o en la hostilidad transferencial, mas que en una actitud comprensiva donde el terapeuta puede

¹⁶ Freud, S. *Tótem y tabú*. 1912-13. Amorrortu Editores. Buenos Aires. 1976

¹⁷ Winnicott, D.W. *Realidad y juego*. Gedisa. Barcelona. 1986.

ocupar el lugar seductor de *un padre bueno* que rivaliza con el suyo pero perpetúa el atrapamiento. Posiblemente uno de los problemas de la cultura contemporánea ha sido la construcción de discursos sociales sobre el adolescente, el chico no es quien es, sino, quien dicen que es. Se le proporciona una identidad exterior *familiarizada*, no generada por el proceso identificador e histórico que le subjetiviza. “*Profe, es que somos adolescentes*” le dice un alumno a su maestro cuando este sorprende a la clase haciendo alguna trastada. Según Rodolfo el analista debe sostener con el adolescente la paradoja de “poder simbolizarse como extraño”.

El trabajo con adolescentes necesita ir encontrando sus objetos analíticos que no siempre, o no exclusivamente, se encuentran en las palabras. Tampoco como el niño se despliegan en el juego. Apegado a lo corporal y al movimiento, el trabajo de sentirse real pasa en gran medida por la acción, por sentirse ocupando nuevos lugares en su hacer. Con frecuencia hacen presente el cuerpo con manipulaciones directas, se rascan, se arrancan costras, se miran el ombligo (literalmente), se peinan. Usan o se acompañan de objetos cuando vienen a la consulta, el *skate*, el móvil, la bicicleta. A veces aportan fotos, videos o música grabados en sus aparatos electrónicos; otras se hacen acompañar de algún amigo. La palabra constituye muchas veces un relato-acción en el que se van situando y afirmando representaciones y afectos. Todo esto es el material que el analista más que interpretar debe potenciar por su capacidad de re – presentar, es decir, de presentarse a si mismo, no ante el analista sino ante la vida.

Antonio Soler Aguado

Bilbao, 12 de noviembre 2011